

La Misa del Domingo

DOMINGO II DE CUARESMA

12 de marzo de 2017

Lecturas:

Gn 12,1-4^a

2Tim 1,8b-10

Mt 17,1-9

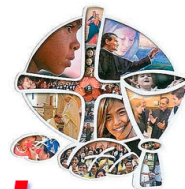
Homilía

A lo largo de su camino hacia Jerusalén, Jesús fue descubriendo a sus discípulos su destino de pasión, muerte y resurrección. Como sabemos, este lenguaje resultaba muy duro para ellos, por lo que provocaba sus críticas y el vivir al margen e, incluso, en contra de su mensaje. A los discípulos les aterraba todo lo referido a pasión y muerte, por lo que este anuncio de Jesús era totalmente rechazado por ellos. Para atenuar, en cierto sentido la dureza de este anuncio, en la escena de la transfiguración se adelanta y se destaca el aspecto que da sentido a la pasión y muerte de Jesús: su resurrección.

De un modo u otro, el ser humano busca la plenitud, la felicidad, la realización plena de su ser, el cumplimiento definitivo de todos los dinamismos que configuran su existencia... Lo que acontece en la montaña, la transfiguración de Jesús, es un momento de revelación de su gloria. La voz del Padre desvela su identidad, escondida en la humillación de su pasión y de su muerte: "Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto".

La voz de Dios reconoce a Jesús como Hijo amado y predilecto. Éste muestra su condición filial (su dignidad y plenitud) conversando con Moisés (la Ley) y Elías (los profetas), personajes que representan la plenitud de la espera de Israel. Es decir, con el lenguaje propio del tiempo, se expresa que Jesús personifica la realización de todas las esperanzas del pueblo, su ansia de plenitud... En Jesús acontece la "glorificación" que el pueblo de Israel esperaba. Y esta "glorificación" es posible y se hace realidad asumiendo el misterio de la cruz. La escena de la transfiguración (anticipo de la resurrección) es inseparable de la escena del Calvario.

Esta escena es un momento importante de la revelación de la identidad de Jesús, pero también desvela la identidad y la meta (esperanza) del ser humano. Jesús, mostrando su gloria, también revela la nuestra. Él ha de ser nuestra referencia. De aquí el mandamiento divino de escuchar a su Hijo amado. El escuchar su voz, con lo que ello implica de aceptar todo su misterio desvelado en su pasión, muerte y resurrección, puede provocar miedo, como de hecho ocurrió a menudo en la vida de Jesús, y en esta misma escena de la transfiguración: "cayeron de bruces, llenos de espanto". Pero el Padre nos presenta a Jesús como nuestra meta, pues sólo en Él conseguimos alcanzar la gloria de Dios, es decir, su gracia, su misericordia, la plenitud, belleza y eternidad de la vida... De este modo la



La Misa del Domingo

escucha de Jesús resulta determinante para afrontar nuestra realidad de muerte y vida. Al igual que Abrahán, nosotros hemos de escuchar esta voz del Hijo y salir de nuestra tierra, o lo que es lo mismo, bajar de la montaña, porque es abajo donde se desarrolla la vida de los seres humanos y los sufrimientos de muchos de ellos... Bajar de la montaña es otra manera de expresar que hemos de asumir la pasión anunciada por Jesús como su destino y el nuestro...

Todo el relato, por tanto, es una invitación a comprender nuestro propio misterio desde el misterio de Jesús. A pesar de nuestra fragilidad, a pesar de nuestras cruces, en la medida que escuchamos a Jesús y seguimos su camino de obediencia filial al Padre, nuestra vida queda penetrada de la gloria de Dios... No nos paramos en nuestra tierra, en nuestra patria o en nuestra casa, sino que, personal y comunitariamente, nos ponemos en salida misionera, adoptando una actitud de encuentro con los hombres y mujeres de hoy, tal como lo expresa el papa Francisco: "La Iglesia en salida es la comunidad de discípulos misioneros que primerean, que se involucran, que acompañan, que fructifican y festejan" (EG 24)

Pero no podemos engañarnos. El texto original del evangelio de hoy se inicia con la expresión "seis días después". Es decir, no estamos todavía "siete días después", expresión que indica plenitud y que se refiere al día de la resurrección. Vivimos en el "todavía no", por lo que cuesta aceptar un mesianismo de entrega y de servicio hasta el extremo; nos asusta y nos echa hacia atrás la vida completa de Jesús. De hecho, los discípulos estaban llenos de miedo. Por esto San Pablo nos recuerda que nada acontece como fruto de sólo nuestro esfuerzo, sino que "desde el tiempo inmemorial, Dios dispuso darnos su gracia, por medio de Jesucristo". Sólo esta gracia puede quitar nuestro miedo y ponernos en pie: "Levantaos, no temáis" Son palabras recurrentes de Jesús, pero que nos invitan a reconocer su presencia en nuestra vida. De este modo la gracia recibida se convierte en nosotros en responsabilidad, en esfuerzo para que todos los hombres y mujeres reconozcan su dignidad...

A través de los signos sacramentales y de la comunidad reunida, en la eucaristía que estamos celebrando hacemos visible la gloria de Jesús, la avivamos, la añoramos en esperanza... Pidamos juntos al Señor que no caigamos en la tentación de quedarnos atrapados en el oasis de tantos momentos repletos de satisfacción inmediata y momentánea; ni en las pequeñas metas que bloquean nuestra escucha permanente de la voz del Hijo, y que nos alejan de su seguimiento y de caminar con Él hacia Jerusalén.

Carlos García Llata